CUENTA
CUENTA
CUENTA
CUENTA

editorial graviola

Edición de textos:
B.G.B.
J.A.P.A.
A.M.I.

Derechos de autor:
VV.AA.

Portada y maquetación:
Editorial Graviola

Ilustraciones y fotos:
Cedidas por autores

Primera edición: septiembre 2021, Pamplona, España

www.editorialgraviola.com
editorialgraviola@gmail.com

ISBN: 978-84-122932-3-4
Depósito legal: DL NA 1575-2021

CUENTA CUENTA CUENTA CUENTA

Una antología de relatos de estudiantes de la
Facultad de Comunicación
de la Universidad de Navarra,
en el curso 20-21

presentada por:
Beatriz Gómez Baceiredo
José Antonio Pérez Aguirre
Antonio Martínez Illán

editorial graviola

This book is edited with the support of the Ecola's Julie Johnson Kidd Travel Research Fellowship, and it's part of the Reading Mentors Project

Índice

Prólogo.....7
Nina Álvarez.....11
James, el caballero.....13
Antonella Menta.....17
Clases de baile para una boda.....19
Claudia Burgos.....25
Milagro Congo.....27
Virgilio González Briceño.....31
Puños al revés.....33
Alejandro Gómez.....45
Acomodo.....47
Laura Suárez.....51
Piedras.....53
Enrique Ortega.....59
Negro.....61
Paula Rodríguez.....71
El viejo Morris.....73
Nicolás Alegrett.....77
Velas, flores de cempasúchil y leche en polvo.....79
Teo Peñarroja.....83
A contratiempo.....85
Lucía Aparici.....89
El encanto de Elisa.....91
Marta Forero.....99
Vaho.....101
Adriana Obregón.....107
Grullas de papel.....109
Camino López.....115
El ruido del colibrí.....117
Mariana Betancourt.....129
A Isabela ya no la conozco.....131
Camila Cote.....136
No digas nada hasta que lleguemos a la ciudad.....138
Andrés López.....147
La ventana.....149
Carmen Arroyo.....155
Coños y cucarachas.....157

UNA ANTOLOGÍA
NUEVAS
VOCES

Prólogo

¿Las universidades ahogan a los escritores? Flannery O'Connor, después de escuchar muchas veces la pregunta, respondió: "Mi opinión es que no ahogan a los suficientes. Hay muchos éxitos de librería que un buen profesor podía haber evitado."

Inspirados por O'Connor, después de unos cuantos años trabajando con relatos de nuestros alumnos, tres profesores de la Facultad de Comunicación de la Universidad de Navarra nos arremangamos y decidimos emprender una tarea pendiente. Porque nuestra labor no ha sido tanto ahogar a escritores fatuos (aunque pregunten por nuestra fama, pregunten) como rescatar a aquellos para quienes, como diría Richard Ford, hacer literatura es "tan desagradable como una visita al dentista". (Pero van, se esfuerzan y algunos hasta sonríen con entereza cuando los errores rechinan como el taladro). Entre nuestros alumnos había, incluso, quienes no escribían solo para aprobar una asignatura o con la ilusión de ganarse la vida (desahogadamente), quienes ni siquiera esperaban reconocimiento: eran personas comprometidas con la escritura. Los profesores habíamos leído y corregido, releído y vuelto a corregir sus relatos; la confianza depositada en nosotros exigía un compromiso por nuestra parte. Se lo debíamos. No los podíamos dejar solos, puesto que ya los habíamos acompañado. Eso sería abandonarlos.

El punto de partida de *Cuenta* era sencillo. Apostábamos, agradecidos, por un reconocimiento dedicado a esas personas que, para empezar, dan sentido a la labor

de la enseñanza o, si se quiere, del acompañamiento en la escritura. No son frikis veleidosos o aliens. Son o fueron alumnos de Comunicación comprometidos con la escritura.

A lo largo de los años habíamos guardado muchos relatos y decidimos que algunos "veteranos" acompañaran a los noveles. Los reunimos ahora en un libro, no se nos ha ocurrido mejor lugar de encuentro, con la esperanza de que sean un ejemplo y hasta la envidia de sus compañeros. Cuando buscábamos el título de esta colección, pensamos en Cosecha (la maduración, el fruto…), pero la palabra nos conducía fácilmente al brindis. Pensamos en algo del estilo Voces, pero no aspirábamos a un coro que sonara armonioso, y descartamos el singular, Cuento, porque el verbo en presente evoca entre muchos lectores un sustantivo ligado con un género infantil.

Nos quedamos con *Cuenta*. ¿Convencidos? Aplazamos la respuesta. Nos convence la idea de un primer *Cuenta* que no viene de visita una sola vez para marcharse pronto. Se presenta con esperanza, con ánimo de continuar con otras ediciones recopilatorias: Cuenta 2, Cuenta 3… No es una amenaza. Lean los relatos, no faltará quien critique con inquina personajes, escenas, conflictos, manejo de diálogos… Pero quizá algún lector apasionado elija uno de los dieciocho títulos para tatuarse el bíceps.

Por encima de todo, confiamos en que los lectores descubran narradores que se abren paso, que contemplan la realidad dispuestos a la sorpresa y a la admiración, intentando comprender. Dicen que pocos trabajos rinden tan poco como la escritura. Sabemos que no es así.

Agradecidos,

Beatriz, Antonio y Josean

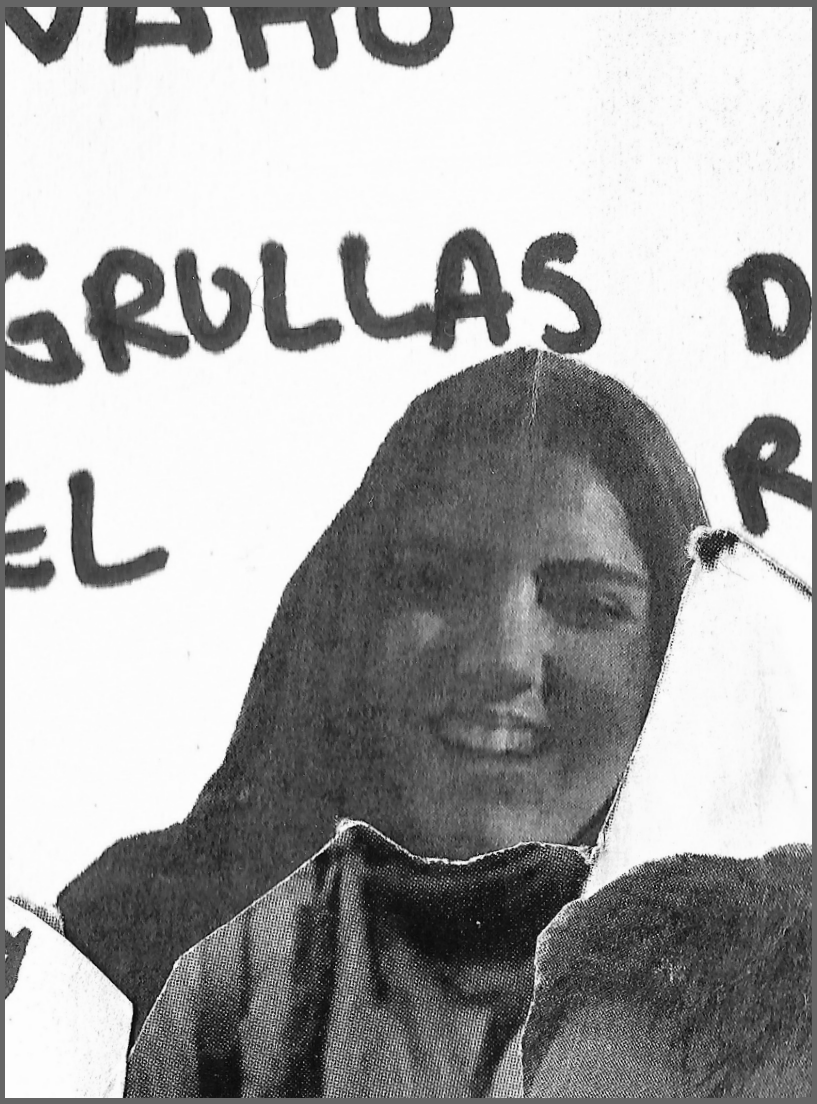
CUENTA

Nina Álvarez

(Tegucigalpa, Honduras, 2001)

Estudiante de Comunicación Audiovisual. Aficionada a la cocina, a correr como ejercicio y a compartir música, sobre todo comparte boleros con su abuelo. Dice de la escritura que le llaman especial atención los estereotipos y las buenas descripciones. Sus textos giran alrededor del despertar a la adultez a través del amor y la rutina adolescente.

La autora sobre su cuento:


GRULLAS
EL

James, el caballero

Es la séptima vez que escucho esta canción en la semana, me gusta. Es la típica canción que repiten en las fiestas porque está de moda. "La clásica", dice Juan, antes de invitar a una chica rubia a bailar. Como la mayoría aquí, ya estoy ebrio. El idiota de Mateo me llenó este maldito vaso rojo de ron, hielo y solo un chorrito de coca. "Para celebrar, maje, para celebrar", dijo, antes de echarse encima los últimos tres chupitos que había en esa botella de ron.

Vine a esta ciudad solo un mes porque quiero despedir a Mateo, que se va a Bolivia. Lo voy a extrañar. A mí me encanta venir a visitarlo porque aquí se sale mucho y porque todas sus amigas son guapas. En estas últimas semanas he amarrado ya con seis guapas de Mateo. Es bastante agradable ser invitado en este piso, aunque ahorita entre el humo, las botellas de cerveza en el suelo y la música de Bad Bunny, no lo parezca.

Mi mirada borrosa está fija en Stephanie, la chica flaca de pelo liso que no me llamó para nada la atención al principio, tal vez porque siempre la veía con alguno de mis amigos en las fiestas o, tal vez, porque cuando me acercaba a hablarle, no me paraba de mirar los brazos. Pero hoy se me hace muy atractiva y, aunque es intensa, es una chica con la que resulta bastante fácil hablar. Por la forma en que articula las palabras, se le forman dos hoyuelos, uno en cada mejilla, que se disfrutan por completo cuando termina una frase, porque siempre sonríe.

Hay un momento en las fiestas en el que ponen Luis Miguel; ese es el momento cuando sabes que ya es hora

de irte a tu casa. Pues Stephanie y yo nos quedamos en un sillón platicando juntitos aunque ya hubieran sonado dos álbumes enteros de El Sol de México. Me enseñó mil fotos de su perro, Gucci. Yo las vi todas. Aunque a mí no me podría importar menos si su perro se llama Gucci, Fendi o Prada. En un momento, ella se recostó encima de mí y yo la abracé. Me di cuenta de que aunque no paró de fumar en toda la noche, su pelo olía a vainilla. Justo cuando me iba a enseñar el tercer video para intentar convencerme de lo inteligente que es Gucci, Mateo fue bastante oportuno en interrumpirnos: "Bueno, tortolitos, gracias por todo, pero yo ya me voy a dormir".

Ella me miró decidida y me preguntó si la podía llevar a su casa. Como yo soy un caballero y toda mi ropa ya olía a ella, me pareció que lo más sensato sería llevarla. Cuando llegamos, me bajé a dejarla en la puerta y ella me invitó a pasar. Como ya me había contado sobre Gucci, habría sido una pena que nunca lo conociera, entonces entré a ver lo entrenado que estaba. Cuando ya estábamos en su sala, me preguntó si quería subir y como yo ya había entrado a su casa, ya había acariciado a su perro, ya había olido su cabello y ya había sentido algo en el estómago cuando me susurró el nombre de su trago favorito en la fiesta, pensé que lo más lógico sería conocer su cuarto.

Su cuarto está decorado como el de una niña de diez. Paredes rosadas pastel y en su cama, cojines blancos con bordados rojos uno a cada lado de un gigante oso de peluche dolorosamente blanco. Un tocador de tres espejos y, encima, botellas de perfume de todos los tamaños, marcas y colores. Nada de maquillaje.

Justo al entrar, percibí esa fragancia tan familiar a vainilla que aumentó al acercarme a su cama. Al acostarme a su lado me deleité completamente. Su almohada tenía ese glorioso olor impregnado, era tan intenso como ella. Cerré mis ojos un momento para disfrutarlo y

aproveché para permitir a mi hígado asentar los últimos sorbos. Ella me vio, pausó su historia y vivió un profundo silencio por unos momentos. Luego se detuvo sobre mi torso para lograr acercar sus labios a mi mejilla izquierda y luego rozar la esquina de mi boca. Era como si jugara una partida de póker y no sabía si apostar todo. No tuve más remedio que abrir mis ojos y convencerla.

Antonella Menta

(Montevideo, Uruguay, 1996)

Graduada de Comunicación Audiovisual Bilingüe. En 2017 ganó el VIII Certamen Heraldo de los Reyes Magos de cuentos de Navidad por el relato *Las fases de la luna*. Su escritura gira, sobre todo, alrededor de la conexión entre personas. Disfruta de ver películas tanto como hablar de ellas y durante la pandemia ha reconectado con la máquina de coser y las agujas de tejer.

La autora sobre su cuento:

Clases de baile para una boda

En la primera conversación que mantuve con Eugenia, en la que le confirmé que Rebeca no era mi novia y que ese no era mi anillo, la señora se encogió de hombros y me contestó:

—Bueno, ya sabes lo que dicen. "Prometida" no es "casada"—y gesticuló las comillas.

Y en aquella clase no volví a hablar con ella, aunque Rebeca me preguntó a la salida si le había dicho algo.

—No, ¿por qué?

—Me preguntó qué hacía una chica joven bailando con un anillo de boda sin novio a la vista.

—Como si Gene Kelly necesitara venir a meterse a este cuartucho —Rebeca me sostuvo la mirada en silencio, en un gesto que estoy convencido había acabado copiando inconscientemente de mi madre—. Perdón, está bien, por el precio que pago no se merece que lo llame cuartucho.

Sabía que Rebeca me había reprochado lo de Gene Kelly, pero a fin de cuentas era yo el que le mantenía la coartada para que Miguel no se enterara de que su novia no se sentía preparada para bailar a su lado. La estaba acompañando a clases de baile tres veces a la semana: me había ganado el derecho moderado a ser un capullo.

A partir de esa clase, Rebeca empezó a dejar su diamante en la taquilla de los vestuarios. No le pregunté pero me explicó que para que la plata se preservara bien era mejor no llevarlo puesto si iba a sudar.

—No sé, eso me tiene sentido los lunes y los viernes, con los ritmos latinos —me comentó la señora Eugenia cuando se lo expliqué a ella, después de forzarse como mi pareja en clase—. Pero vosotros también venís los miércoles, a vals y baile clásico. No me fijé el miércoles, ¿se lo quitó también?

—Sí, lleva sin él ya un par de semanas, todas las clases. Pero, de cualquier modo, tiene sentido. Es un anillo de los buenos.

—Claro, claro. ¿Y cuándo se casa? —contestó ella, y miró a Rebeca, totalmente metida en la coreografía, y que ni se dio cuenta de que la estábamos observando.

Como para no sudar. En su mirada perdida se podía ver que, fuera la que fuera la motivación que la mantenía absorta, tenía el poder de moverla como si llevara bailando toda la vida, o al menos casi podría parecerlo de no ser porque sus pies aún no llegaban a deslizarse seguros por el parqué. No se detenía, pero fallaba cada par de pasos. Quizás por culpa de lo que estaba pensando. O quizás no sabía bailar.

—En mes y medio.

—No quiere casarse.

Eugenia había salido de los vestuarios correteando. Sus piernas regordetas no le dejaban correr del todo y parecía más bien un elefante a trompicones, pero estaba demasiado emocionada por las noticias que traía como para caminar.

—¿Qué?

—Tu chica, no quiere casarse. Estaba hablando con ella ahora, preguntándole por su novio. Siente que todo es perfecto y que él la quiere siendo ella tal como es, pero al mismo tiempo él es el chico más adorable que ella ha conocido, e inteligente y amable y atractivo y básicamente perfecto…

—Y baila bien. No veo por qué no querría casarse, entonces.

—¡Porque se quita el anillo! Dijo que sabía que le amaba porque sentía que se había convertido en suya, que le pertenecía de algún modo, aunque él nunca había intentado poseerla. Se ha entregado por completo, pero deja el anillo en la taquilla.

Parecía que iba a decir algo más, pero entonces echó a corretear hacia la otra esquina de la clase y, al darme la vuelta, vi que Rebeca acababa de salir de los vestuarios. Le cogí del codo y la llevé hacia el ventanal, para poder comentarle que Eugenia me había estado hablando de ella.

—Esa señora tiene un problema serio —me contestó mientras nos poníamos en posición con las primeras notas del vals de *La viuda alegre*. Puse mi mano en su cintura y sentí cómo ella se estremecía al ser tocada, como un gato al que intentan coger por sorpresa y se escapa.

—Ya. Pero sigo sin entender su argumento. Parecía tan claro para ella, hablaba casi como si te hubiera conocido de toda la vida… Yo te conozco desde que somos niños y no veo la conexión. Como si lo amases a él tanto que no quisieras…

No pude acabar mi frase, porque al dar la vuelta Rebeca se resbaló y cayó en el suelo sobre su propio pie. La clase se paró en un instante y se formó un corro de personas en torno a ella, mientras la profesora se acercaba a ver qué le había pasado. Alguien trajo hielo e intentaron ayudarla a ponerse de pie, pero parecía dolerle demasiado como para mantenerse sola. La sentaron en una silla, y le pusieron agua en el cuello, y le sacaron la zapatilla y el calcetín para revelar un pie morado, y le preguntaron si se había mareado o quizás resbalado, y comentaron cómo algo parecido había pasado hace un par de meses a otro chico, y yo la miraba intentando re-

cordar si en aquel momento ella había hecho cualquier esfuerzo por sujetarse a mí o yo por sostenerla, y en medio de aquel caos alguien había encontrado su teléfono de emergencia y Miguel entró en la sala y todo el murmullo y el movimiento se detuvo.

Miguel se acercó y se agachó frente a ella, sonriendo. La profesora le comentó que lo más probable era que fuera un esguince, nada grave, y él asintió y la cogió en brazos.

—No quería que me vieras haciendo el ridículo —dijo ella, medio disculpa, medio ruego. Él le besó la frente, y se encaminó hacia la salida.

—¡Espera, espera! —le detuvo ella, riéndose hasta que una punzada de dolor la detuvo—. Mi anillo está en el vestuario.

Por algún motivo me quedé el resto de la clase y al salir, Eugenia me estaba esperando. Por un momento deseé que, en vez de clase de baile, hubiéramos estado en clase de boxeo.

—¿Qué sabes de ellos?

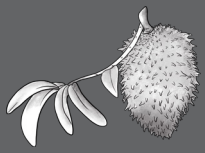
—La ha llevado al doctor y es un esguince. Tardará un poco en curarse. Por lo visto van a tener que retrasar la boda, aunque él se lo puede permitir sin problemas.

—¿Y ella?

—Sonaba feliz, mucho más tranquila. Dice que Miguel le ha dicho que en clases como estas tampoco íbamos a aprender nada, al menos no a tiempo para la boda. Que una vez se arregle todo va a enseñarle a bailar él mismo, y que se han reído de ella y de mí.

Eugenia me cogió del brazo y caminó hacia la salida conmigo, en silencio por primera vez desde que la había conocido. La acompañé hasta su parada de autobús, le di dos besos y cuando me iba a alejar, me detuvo como aquella vez que me había preguntado por la chica guapa a la que acompañaba a bailar.

—¿Sabes qué? Yo no creo que estas clases sean tan inútiles. Tengo una sobrina, Sara, a la que no le vendría mal salir un poco más de casa. Voy a decirle que venga conmigo la semana que viene. Y aunque Rebeca ya no venga, espero verte.



editorialgraviola.com